



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE ALBERTO MOULDERREX, MEXICO

XIII

LA OTRA ORILLA DE LA TIERRA PROMETIDA

Hacia ya cinco semanas que al día siguiente de esta conversación la *Regina Margarita*, uno de los paquebots de la compañía siciliana, que hace el servicio entre Nápoles, Palermo y Túnez, se había hecho á la mar, á una mar gris, apenas movida, como muerta. Llevaba á bordo á la condesa Scilly y á su hija. Hacia cinco semanas que Francisco había visto, de pie en el muelle, alejarse á la embarcación con ese movimiento lento y uniforme como los días, como las horas, y tan cruelmente irremediable como éstas. ¡Dios! ¡Ver alejarse de este modo á quien se ama tanto, sin haberle podido repetir lo mucho que se le ama; sin un apretón de manos, sin una palabra, pues Enriqueta había adoptado su resolución, y sólo á aquella silueta del barco que se alejaba, disminuyendo cada vez hasta no ser más que un punto movable entre los abismos del cielo y del mar, sólo á aquel penacho de humo disfumado en el mudo espacio, había Francisco podido dar su adiós desesperado, que era también un adiós á sus ilusiones, á lo que él llamaba su tierra prometida!...

Cinco semanas después se encontraba de codos en

aquel parapeto, contemplando el mismo paisaje, mirando el mismo barco zarpar del puerto con aquel movimiento uniforme y monótono... Era una tarde espléndida de Febrero, que comenzaba á llenar de sombras el paisaje, y el rumor de las olas que chocaban contra la piedra del muelle, producía un ruido sonoro y solitario, y en el agua de un color violeta intenso, casi negro, alejábese el barco esparciendo su humareda en aquel mismo triste espacio. En el horizonte el faro y la púrpura del sol poniente desplegaban la magnificencia de un sueño de hadas, y en la profunda emoción que se leía en la mirada con que el joven seguía el paquebot había como un reflejo de aquella lejana luz del horizonte; un espejo de esperanza en una infinita melancolía; algo de tenebroso en aquel frío de la noche en que iba á ser sumergido con la naturaleza entera cuando el sol dejase de brillar y la silueta del barco hubiere desaparecido.

Francisco miraba alejarse el barco y escuchaba el quejido de las olas, quejido que se asociaba al interno que brotaba de su espíritu, porque aquella patria era aún más triste. En aquel barco iba su hija Adela, á quien había visto sobre el puente vestida de negro y entre tres mujeres, dos de las que eran las fieles sirvientes de la señora Raffraye. La tercera no era Paulina. Había visto también antes de partir á los hombres que cargaban el barco, izar sobre el puente y bajar á la cala un bulto de forma siniestra; era el féretro de aquella pobre mujer, de la que él había sido el amante desgraciado y culpable; por la que tanto había sufrido y á la que tanto había hecho sufrir; de

aquella mujer á quien había condenado con tan despiadada crueldad durante tanto tiempo, y á quien había encontrado al borde de la tumba protestando y pidiendo justicia. ¡Ah! ¿Qué justicia podía ya obtener aquella mujer inmóvil y silenciosa para siempre? Las olas envolvían el barco con la misma queja dulce y profunda que Francisco oía bajo sus pies; pero aquella queja no llegaba á Paulina, que iba á dormir su eterno sueño en el cementerio del país natal; ni tampoco la voz de su hija cuando ésta la llamaba, ni el suspiro del que había sido su verdugo, que con la cabeza entre las manos, y el corazón lleno de remordimientos, pedía al través del espacio aquel perdón que él la había rehusado al creerla pérfida. ¡Ah! ¿Por qué la había encontrado tan tarde? En aquel supremo encuentro Francisco había perdido su felicidad: Paulina no le había producido más que un envenenamiento en sus últimos días, renovando con su terrible escena todo el martirio de otro tiempo. En verdad que aquella mujer murió vengada, pues supo que el matrimonio de su antiguo amante se había roto definitivamente. Mas, ¿era esto bastante para borrar aquellos nueve años que pasó en horribles torturas en su soledad y aislamiento? ¿Podía esto compensar tantos dolores, aquellos dolores que poco á poco habían consumido su vida hasta el punto de hacer de ella el fantasma tembloroso que Francisco había tenido entre sus brazos, y cuyo contacto creía aún sentir, en aquel mismo momento en que la daba por encima de las olas crecientes y tumultuosas su adiós de un arrepentimiento inútil...?

Y el barco se alejaba; pero en vez de doblar como

el otro había hecho una vez en alta mar, para dirigirse hacia Trápani y el Africa, marchaba á Italia, á Nápoles, cada vez más envuelto por la púrpura del sol poniente que llenaba ahora la mitad del inmenso horizonte. El contraste entre aquel esplendor inmortal, y la fúnebre imagen del féretro llevado sobre las olas sombrías, no ahogaba el corazón del joven con la tristeza que había experimentado cinco semanas antes... No porque hubiese dejado de sentir la doble herida de su matrimonio roto y de sus remordimientos, sino porque en su alma se había operado una revolución que le permitía erguirse y mirar de frente aquel horizonte como miraba su destino. Cinco semanas antes, cuando estaba de pie en el mismo sitio mirando el paquebot que se llevaba á Enriqueta, agitábanse en su corazón violentas protestas del amor destrozado; pensaba perseguir á su novia, escribirla; esperaba á pesar de la evidencia... Hoy había comprendido y aceptado como una expiación de su terrible injusticia aquel abandono de la joven amada, cuya última carta era lo único que leía desde la separación. Y de entre aquellas páginas, sobre las que tanto habían llorado los puros y azules ojos de la joven, sintió emanar un contagio de sacrificio... Recordaba lo sucedido. Después de haber visto desaparecer al *Regina Margarita* tras la roja punta del Monte Peregrino, había regresado al *Continental* dando las órdenes necesarias á fin de que todo estuviera dispuesto para su próxima partida, pues estaba decidido á no permanecer un día más en aquel cuadro de su felicidad destruída. Después de hacer trasladar su equipaje á otro hotel, determinó, antes de

dejar á Palermo, volver á ver á su hija por última vez. Fué en busca de la Villa Cyané, cuyas señas le habían dado en la oficina de Correos. Pronto la descubrió oculta entre los árboles en el fondo del gran Jardín Inglés, y en uno de los paseos de este jardín estuvo espionando tres horas hasta que llegó á ver á la niña. Salió ésta de la casa llevando de la mano derecha á su gran muñeca y dando la izquierda á la niñera.

Francisco se había ocultado en un corto paseo transversal desde donde había podido, al través de una espesa cortina de bambús, seguir el principio del paseo de la niña. Al ver la marcha absorta de ésta, que no mostraba su habitual vivacidad, y la preocupación impresa en la cara de la anciana Anita, Francisco se había dicho: ¿estará peor la madre? Y sintió oprimírsele el corazón y la misma angustia experimentada la fatal noche del árbol de Navidad. La idea de que su encantadora y delicada Adelita iba acaso á perder á tantas leguas de su país la única protección que tenía, le causó mucho pesar y le hizo imposible partir aquella tarde como lo tenía dispuesto. Regresó á su nuevo hotel, volviendo á leer la carta en que su novia le anunciaba el definitivo rompimiento de sus relaciones. Le pareció oír de nuevo la voz de aquella cuya estimación había perdido, ver de nuevo sus ojos, y tomó la resolución de permanecer allí para el caso en que ocurriese una desgracia, como ella sin duda se lo hubiese ordenado.

Quedóse, pues, y los días se sucedían á los días más extraños aún que aquellos de Catania. No estaba Francisco sostenido, como entonces, por la esperan

za de que su prometida le llamase. Las cartas que seguía escribiéndole la señora Scilly, acabaron de convencerle de la resolución de Enriqueta. Comprendió que se hallaba en presencia de un verdadero voto, es decir, de lo que hay más invencible, más inquebrantable en un alma religiosa, y si no se resignaba á la certeza de una absoluta separación, comenzaba, sin embargo, á interpretar esta prueba á tenor de lo que indicaba aquella carta singular, cuyas menores frases tenía grabadas en el corazón.

También él, aunque su alma no se elevase hasta la purificadora luz del dogma cristiano, empezaba á sentir cómo iba germinando en él un sentimiento de misteriosa indicación providencial en aquella emoción que le causara ver el nombre de Paulina Raffraye en la lista del hotel, y después de aquel paseo de funesto presentimiento. La idea expresada en la carta de Enriqueta, de que él se debía sobre todo á la pobre niña, fué poco á poco invadiendo su conciencia. El término de sus paseos era la estrecha alameda del Jardín Inglés, entre los bambús, las mimosas y los rosales; por lo que podía llegar á la puerta de la villa Cyané sin ser visto.

Iba por la mañana y esperaba, con el corazón anhelante, que aquella puerta, que era un enrejado, se abriese y apareciese Adela. Experimentaba una emoción nueva cada vez que se preguntaba: «¿Estará su madre con ella?...» Tenía miedo; pues volver á ver á Paulina entonces le sería muy duro, aunque lo deseaba, porque sería signo de que tenía un punto de reposo en la terrible enfermedad. Después, la imaginación de Francisco, exaltada en la soledad, constante-

mente alimentada por la carta de Enriqueta, y envuelta en una atmósfera obsesionante de remordimientos y misticismos, llegaba á concebir los sueños más locos, más novelescos.

Sí; no obstante las palabras cambiadas en su última entrevista; no obstante las incurables heridas que había causado á su antigua querida, admitía la posibilidad de que ésta le perdonase, que consintiese en casarse con él antes de morir para dejar á su hija en mejor situación; y entonces Francisco podría presentarse ante Enriqueta, llevando consigo la niña, purificado, y libre para abandonarse á la ternura que sentía siempre viva en su alma. ¡Ah! Sueños de demencia, entonces que ni permitido le era mostrarse al paso de la niña, de miedo á que sabiéndolo Paulina adoptase la resolución de negarle hasta aquella pobre caricia de la mirada, aquella última alegría, aquel alimento mezquino de su paternidad.

El barco se alejaba siempre.—La mar se ensombrecía, y Francisco traía á la memoria las dos últimas semanas. Recordaba cómo encontró un día ante la villa Cyané al doctor Teresí, llamado en consulta por un colega, el médico de Paulina. ¡Qué esfuerzo tuvo que hacer para abordar á aquel hombre, que tan estrechamente se hallaba mezclado á las últimas escenas del drama de su matrimonio deshecho! Había, no obstante, triunfado de su repugnancia, y supo que el fatal desenlace se aproximaba, y que la señora de Raffraye no tenía más que algunos días, algunas horas quizás, de vida. ¿Iba á morir sin haberle perdonado? ¿Qué llegarían á ser sus relaciones con Adela, con aquella niña que Paulina sabía era hija suya?

¡Si él pudiese hablarla una vez aún, suplicarla, jurarla que dedicaría toda su existencia á la huérfana! Mas ¿cómo ser admitido junto á una moribunda, cuando no lo era ni para las visitas de la más banal etiqueta, en aquella villa en torno á la que paseaba ahora hacía dos horas á riesgo de ser visto? Habíase aprovechado de un momento en que vió salir á Anita (una de las dos criadas que acompañaba á Adela cuando la niña le sorprendió á la cabecera del lecho de su madre), y se había acercado á ella para pedir las noticias de la enferma. Anita le respondió entre lágrimas, tan agitada por el estado de su señora, que ni siquiera le preguntó por las señoras de Scilly... ¡Qué angustia sintió Francisco al pensar después que Paulina sabía que él había hablado con la criada, y la prohibiría á ésta toda conversación en adelante! Pero no... Francisco encontró de nuevo á Anita con Adela, y esta vez habló con las dos; la niña le reconoció, y la vieja criada respondió á sus preguntas. ¡Qué emoción había sentido al tocar, por un gesto de complacencia que para él lo era de amor, los cabellos rizados y sedosos de la niña! En el hecho de que Paulina no impidiese que hablaran con él, creyó el joven reconocer una promesa de perdón. Sin duda, en el corazón de Paulina, que iba á pedir perdón para sí á otro juez, se operaba un cambio. Tuvo en seguida una prueba de ello, prueba que debía fijar la dirección de su vida para lo sucesivo, y darle una esperanza, que hacía que de codos sobre el parapeto del muelle, y mirando desaparecer el barco no tuviese el corazón completamente destrozado.

Ya no era el barco más que un punto en el espa-

cio; pero Francisco aún le veía claramente en su imaginación. Veía á su hija echada sobre la colchoneta de su camarote, que él mismo había elegido para ella. Por primera vez le había prestado uno de esos insignificantes servicios que tan imposible hubiera creído cinco semanas antes; y sin embargo, había sido posible... ¡Y con qué triste motivo! Algunos días después de hablar con Anita y la niña, supo la llegada á Palermo de la tía de Adela que habitaba en Besançon. Francisco se había preguntado con una angustia en que se resumían todas las demás:—¿Quién será? La había visto pasar con la niña por el Jardín Inglés, y tal fué su emoción, que no pudo fijarse bien en su fisonomía. La señora de Raynald, este era el apellido de la hermana mayor de la señora Raffraye, no tenía ni la esbeltez delicada, ni la fina belleza de la querida de Francisco, sino una de esas caras pacíficas, sin expresión, casi vulgares, que denuncian la lenta costumbre de una existencia sin tempestades. Tras su apariencia honrada pueden ocultarse tanto las mezquindades del espíritu como las más raras magnificencias del corazón, como la honradez más inocente y sencilla. La buena suerte de Adela y del joven quiso que este último caso fuera el de aquella mujer cerca de la cual había Francisco intentado un último esfuerzo, así que supo la muerte de Paulina, después de aquella horrible agonía de quince interminables días. Durante aquel último período, y no viendo salir á la niña había Francisco ido á la puerta de la villa Cyané para pedir noticias. Aquellas visitas, excusadas á los ojos de los criados por el servicio prestado en otro tiempo á la enferma, preparaban el paso que dió al

siguiente día del trágico desenlace. ¡Cuánto hubiera deseado haber entrado en el cuarto de Paulina, arrojarse ante su lecho, pedirle perdón, y llevarse á su hija, robarla, recuperarla por mejor decir, en vez de contentarse como lo hizo, con escribir á la hermana de la muerta, una carta de banal política, y en la que á calidad de compatriota, se ponía á su disposición para ayudarla en los complicados preparativos propios del caso, y en los que se vería envuelta en aquel perdido rincón de Italia! ¡Cuál no sería su emoción al recibir la respuesta que comenzaba así: «Caballero, sabía por mi pobre hermana que era usted hermano de Julia Archambault, á quien apenas tuve el gusto de conocer!» ¡Qué lágrimas había vertido leyendo aquellas sencillas frases que significaban el perdón de la muerta! La carta, como era natural, terminaba suplicándole fuera á la villa Cyané... ¡Iba, pues, á poder acercarse á su hija, y Paulina moribunda se lo permitía!

La esperanza de no perder de vista á la pobre huérfana le sostenía en aquella noche de nueva separación. En aquella horrible situación había podido ser útil á la hermana de Paulina, adquiriendo con ello algún derecho á su gratitud. La misma señora Raynald le había rogado que se detuviera algunos días en Besançon para que su amistad no quedase así; ella misma le suplicó que vigilase la expedición de los equipajes, que en su huida precipitada dejó abandonados. Le fué permitido en el último momento estampar un beso en la pálida mejilla de su hija; y entonces vió la solución del doloroso problema de

su vida, solución suprema para él, criminal y mártir á la vez: el único objeto de su vida era el acercarse cuanto pudiera á la familia á quien Adela se hallaba confiada. El buscaría los medios de lograr que le admitiesen lenta y discretamente como convenía para no hacer caer jamás sospecha alguna en la memoria de la muerta. Mudaría de elemento de vida, pues que era libre. Se instalaría en la vecindad de su hija, bajo pretexto de negocios agrícolas. La niña iría creciendo y él velando en la sombra por ella gozando, en la esperanza de serla útil... ¡Cuán distinto había sido su ensueño de felicidad con Enriqueta, con una familia suya!... Tampoco podría ostentar el noble orgullo de padre con sus consigüientes delicias... ¡Y sin embargo, era más de lo que merecía!... En tanto contemplaba el navío que seguía alejándose, parecióle que en la línea del horizonte teñido con los vivos colores del sol poniente, aparecía una costa toda llena de luz de púrpura y oro, hacia la cual enfilaba su proa el barco que se alejaba; aquello era el símbolo de la nueva orilla, de la Tierra Prometida, hacia lo que él también marcharía. El heroico sacrificio de Enriqueta no había sido inútil. El hombre vehemente y egoísta que vivía para sentir y gozar aún á costa de ajenos dolores, había muerto en Francisco; cogió la carta de Enriqueta, que había sido para él talismán de redención, y pasando por aquellas páginas sus labios, surgió del fondo de su corazón una oración de gracias, murmurada con vehemente piedad y dirigida á la pura é inocente joven que le había mostrado el camino de aquella costa. En aquel beso latía una

esperanza: la de que acaso algún día Enriqueta le animase con su presencia. Tenía la certeza de que aun cuando de él la separaba su voto religioso, le reintegrara la estimación de que ahora se creía digno; hoy Francisco era el hombre de conciencia recta, que sólo viviría para reparar los dolores que causó.

FIN

## ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO.....	V
I.—En pleno sueño.....	1
II.—Una antigua querida.....	25
III.—Agitación creciente.....	61
IV.—La niña Adela.....	87
V.—Por la noche.....	111
VI.—En torno de un árbol de Noel.....	139
VII.—Paulina Raffraye.....	161
VIII.—La intuición de una joven.....	193
IX.—La intuición de una joven. ( <i>Continuación</i> ).....	221
X.—Una conciencia pura.....	245
XI.—El Calvario.....	267
XII.—Entre ruinas.....	289
XIII.—La otra orilla de la tierra prometida.	311